

Mons. F. X. Nguyen van Thuan

Distintivos del amor cristiano

Contemplemos, pues, los elementos distintivos del arte de amar, que Jesús nos enseña y que es la fuente del esplendor y de la fascinación de la vida cristiana.

1. Ser el primero en amar

El amor de Dios que Jesús, con el don de su Espíritu, ha sembrado en nuestros corazones es un amor completamente gratuito. Ama sin interés, sin esperar nada a cambio. No ama solamente porque es amado, o por otros motivos incluso buenos, como la amistad humana. No se para a mirar si el otro es amigo o enemigo, sino que es el primero en amar, tomando la iniciativa.

Cristo, cuando todavía éramos pecadores, desagradecidos e indiferentes, murió por nosotros (cf. Rm 5, 8). «Él nos amó primero», dice Juan (1 Jn 4, 19), y así hemos de hacer también nosotros. «No esperes a que el otro te, ame, sino adelántate tú y empieza», recomienda san Juan Crisóstomo³.

2. Amar a todos

Para que resplandezca el amor que viene de Dios, hemos de amar a todos, sin excluir a nadie. «Para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos...» (Mt 5, 45). Estamos llamados a ser pequeños soles junto al Sol del Amor que es Dios. Y entonces todos son destinatarios de nuestro amor. ¡Todos! No un «todos» ideal, toda la gente del mundo, que quizá no conoceremos nunca, sino un «todos» concreto.

«Para amar a una persona hay que acercarse a ella... —decía la Madre Teresa. No atiendo nunca a las multitudes, sino solamente a las personas». «Así como basta una hostia santa de entre los millones de hostias de la tierra para alimentarse de Dios —afirma Chiara Lubich—, basta también un hermano —el que la voluntad de Dios pone a nuestro lado— para unirse en comunión con la humanidad, que es Jesús místico»

Todo prójimo me ofrece la ocasión de amar a Cristo, que «con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre» (GS 22).

3. Amar a los enemigos

Un distintivo muy especial del amor cristiano es el amor a los enemigos, incomprensible a menudo para quien no cree.

Un día un carcelero me preguntó:

—¿Usted nos ama?

—Sí, os amo.

—Pero nosotros le hemos retenido en prisión muchos años, sin juicio, sin

condena, ¿y nos ama? ¡Es imposible! ¡No será de verdad!

—Yo he estado muchos años con usted, y usted lo ha visto, es verdad.

—Cuando salga libre, ¿no enviará a sus fieles a quemar nuestras casas, a matar a nuestros familiares?

—No; aunque queráis matarme, yo os amo.

—Pero ¿por qué?

—Porque Jesús me ha enseñado a amar a todos, incluso a los enemigos. Si no lo hago, no soy digno de llamarme cristiano.

—Es muy hermoso, pero difícil de entender.

Jesús ha insistido mucho en este distintivo del amor cristiano, y sólo con esta disposición del corazón se puede hacer la paz verdadera en la tierra: «Si amáis a los que os aman..., si no saludáis más que a vuestros hermanos..., ¿no hacen eso mismo también los gentiles? ... pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan» (Mt 5, 46-47.44).

4. Amar dando la propia vida

Jesús es Dios, y su amor no puede ser sino infinito como Dios. No es un amor que da algo; se da a sí mismo: «Habiendo amado a los suyos..., los amó hasta el extremo» (In 13, 1). «Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos» (in 15, 13).

Jesús lo ha dado todo, sin reserva: ha dado su vida en la cruz y ha dado su cuerpo y su sangre en la Eucaristía. Ésta es la medida con la que estamos llamados a amar también nosotros: dispuestos a dar la vida por los que trabajan con nosotros; dispuestos a dar la vida unos por otros.

5. Amar sirviendo

En una grandísima mayoría de casos, el «dar la vida» que nos pide Jesús no se cumple derramando sangre, sino en la vida diaria, en muchos pequeños detalles, poniéndonos al servicio de los demás, incluso de aquellos que, por algún motivo, pueden parecer «inferiores» a nosotros.

Es sabido que, a diferencia de los sinópticos, en la narración de la hora solemne de la última cena, el evangelista Juan no habla de la institución de la Eucaristía, sino que cuenta que Jesús lava los pies a sus discípulos «para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros» (Jn 13, 15). Servir significa hacerse «eucaristía» para los demás, identificarse con ellos, compartir sus alegrías, sus dolores (cf. Rm 12, 15), aprender a pensar con su cabeza, a sentir con su corazón, a vivir en ellos: «caminar con sus mocasines», como dice un proverbio indio.

(F. X. Nguyen van Thuan, *Testigos de esperanza*, Ed. Ciudad Nueva, 7ª Ed., Buenos Aires)